



Capítulo 267

«¿Por qué Lady Seolrang actúa así?».

Ese fue el primer pensamiento que le vino a la mente a Hidan mientras observaba atónito la escena que tenía ante sí.

Era lógico.

En ese momento, Hidan se encontraba cerca de Rosario, lejos de la Colonia.

En otras palabras, en circunstancias normales, no se habría encontrado con Seolrang allí.

Y, sin embargo, allí estaba ella, justo delante de sus ojos.

¿Por qué...?

—¡Vuelve, lobo! ¡Te lo he dicho una y otra vez...!

—¡No!

.....¿Por qué estaba agarrando por el pelo a un hombre al que nunca había visto antes y enfrentándose a él?

«No, llamarlo simplemente un hombre desconocido no parece correcto. También es inusual».



Hidan examinó el aspecto del hombre.

Desprendía una vibración similar a la de Seolrang.

No parecía tan mayor.

Más que nada.

El mismo instinto asesino que emanaba Seolrang lo rodeaba.

Solo eso dejaba claro que este hombre no era una persona corriente.

«¿Podría ser que Lady Seolrang estuviera a su altura? ¿O se está conteniendo?».

Hidan no tenía forma de medir su fuerza.

Contemplando a las dos figuras abrumadoras, Hidan volvió a la pregunta más básica.

«... ¿Por qué están peleando?»

Por más que lo observaba, no lo entendía.

Por un breve instante, se preguntó: «¿Debería ayudar a la señora Seolrang?», pero entonces...



Se dio la vuelta en silencio y decidió alejarse del lugar.

Sabía muy bien que sus pequeñas manos no serían de ninguna ayuda.

Además, mira cómo iba la pelea.

¿Por qué se tiraban del pelo de una manera tan grosera e infantil, en lugar de usar la fuerza adecuada?

Como unos niños del barrio peleándose.

Fuera cual fuera la razón.

Estaba claro que intervenir solo complicaría las cosas.

La elección era obvia.

Siguiendo sus instintos, Hidan se escabulló silenciosamente mientras los dos poderosos aún no se habían percatado de su presencia.

Justo hasta el momento en que Alon entró en la cámara del Santo, Yuman había estado pensando: «¿Podría ser...?»

Para ser más exactos, tuvo un pensamiento que normalmente nunca habría tenido: «¿Podría ser que el marqués Palatio no sea el Santo Oculto?».



Por supuesto, Yuman ya había visto con sus propios ojos que el marqués Palatio, Alon, era efectivamente un santo como él.

Incluso había confirmado que Alon era un santo oculto, uno que debía recorrer un camino aún más duro que el suyo.

Aun así, la semilla de la duda se había plantado debido a lo que había sucedido ayer.

«Santo».

«Lo siento, pero no soy el santo oculto al que te refieres».

«Tal y como he dicho. Santo, no sé qué te ha llevado a confundirme con otra persona, pero no soy quien crees que soy».

Una negación rotunda sin la más mínima vacilación.

Alon, por naturaleza, rara vez mostraba ningún cambio en su expresión, lo que hacía difícil discernir la verdad de la mentira.

Pero sus ojos.

Sus ojos impactaron en la mente de Yuman.

Esos ojos sinceros que parecían decir que realmente no entendía lo que se estaba diciendo.

Yuman vaciló por un momento ante esos ojos puros.



Por supuesto, incluso eso...

Podría haber sido una inteligente estrategia empleada por el hermano que recorría el espinoso camino, para evitar romper su juramento.

Porque un Santo Oculto debe negar su propia identidad.

Aun así, una pequeña duda se había arraigado en el corazón de Yuman.

Que tal vez realmente se trataba de un malentendido.

E incluso si Alon era realmente el Santo Oculto.

En ese momento, con toda la comunicación con Lady Sironia cortada, tal vez no fuera muy diferente de...

«Eh».

Pero en el momento en que Alon entró en la Cámara del Espíritu Santo, todas las preocupaciones se volvieron insignificantes e inútiles.

Porque la estatua de la diosa Sironia comenzó a brillar con tanta intensidad.

Ante la radiante estatua se encontraba el marqués Palatio.

Al ver esa escena, Yuman no pudo evitar maravillarse.



A pesar de recorrer un camino doloroso y solitario, e incluso bajo la presión de Yuman, nunca mostró el más mínimo signo.

No, más que no mostrar signos, prácticamente había engañado a Yuman...

Y aún así mantuvo su juramento.

«Como era de esperar... Hermano, eres increíble».

El malentendido de Yuman se hizo cada vez más fuerte.

Y justo cuando esa extraña fe, nacida del malentendido, comenzaba a solidificarse...

Alon, detrás de su rostro inexpresivo, estaba secretamente nervioso.

«¿Tan de repente?».

Pensó brevemente: «¿Estaba reaccionando a mi capacidad sensorial?».

Pero Alon negó ligeramente con la cabeza.

Si ese fuera el caso, la estatua debería haber reaccionado en el momento en que activó sus sentidos, como la última vez.

Mientras analizaba fervientemente la situación en su cabeza...

[... Ha pasado mucho tiempo].



Oyó la voz de la diosa Sironia, la que había oído años atrás.

Pero había algo que no encajaba.

«¿Lenguaje formal?»

El tono había cambiado.

Antes había hablado de manera informal, pero ahora utilizaba honoríficos.

Desconcertado por un momento, Alon abrió la boca apresuradamente.

—Gran diosa Sironia, soy Palatio, marqués de Asteria.

[¿Es así?

Respuestas breves y secas, como si algo la molestara.

Alon mostró su confusión ante eso, pero...

[Sa... no, marqués Palatio... Por favor, salva a mi mejor sirviente. Si lo haces, todo este desastre se resolverá naturalmente... Estoy segura de que puedes hacerlo].

«... ¿Qué significa eso?».



[Terminemos aquí por ahora. Continuaremos la conversación después de que hayas salvado a mi gran sirviente].

La diosa Sironia terminó de decir solo lo que quería y luego desapareció.

Pronto, la luz se desvaneció de la estatua.

Un pesado silencio cayó sobre el Santuario del Espíritu Santo.

De pie, solo en medio de todo aquello...

«... ¿Qué ha sido eso?».

Alon se quedó inmóvil como una estatua de piedra durante un momento.

Justo después de eso.

Por si acaso, utilizó su capacidad sensorial una vez más...

La estatua no se movió.

Mirándola en silencio, Alon salió de la habitación.

«Hermano».



«Marqués».

Inmediatamente se vio rodeado por los cardenales.

Alon transmitió las palabras de la diosa Sironia exactamente a los cardenales, incluido Yuman.

«... Esas palabras significan».

«Sin duda... ¡esobre Su Santidad el Papa...?!».

«Hermano, ¿de verdad dijo la diosa tal cosa?».

«Sí».

Cuando Alon lo confirmó de nuevo, las expresiones de los cardenales se volvieron solemnes.

Entonces...

—Marqués Palatio, no... Hermano, muchas gracias. Si no hubiera sido por ti, ni siquiera nos habríamos dado cuenta de que algo le había sucedido a Su Santidad el Papa.

Un cardenal se inclinó profundamente ante Alon.

Este apretó los puños con frustración.



«Estoy verdaderamente avergonzado... Pensar que creí esos rumores ridículos sobre alguien tan fiel como tú».

Y entonces, los cardenales que estaban cerca comenzaron a hablar uno tras otro.

«Ciento».

«La decisión del cardenal Yutia fue la correcta. Yo seguía siendo como una rana en un pozo, sin saber nada de la verdad...».

«Ahora lamento mi propia ignorancia. Por favor, perdona a alguien como yo».

Los cardenales comenzaron a disculparse en cadena.

Alon notó que se mencionaba el nombre de Yutia entre ellos, lo que despertó su curiosidad.

«Hermano, lo siento mucho, pero la situación es urgente, así que te daré las gracias más tarde».

«... No te preocupes por eso».

Alon dejó marchar a los cardenales apresurados sin protestar.

En sus rostros, había comenzado a formarse una leve sensación de esperanza.

Una vez que se calmó el alboroto, Yuman se acercó a él.

—Hermano.

—Santo.

—Estoy realmente avergonzado de mí mismo.

Sin previo aviso, le agarró la mano a Alon.

—¿Eh...?

—Es solo que, después de nuestra conversación de ayer, me sentí confundido por un momento, preguntándome si lo había malinterpretado todo, pero resulta que era una duda sin sentido.

Yuman esbozó una sonrisa avergonzada.

—... Pero realmente lo malinterpretaste.

Alon volvió a afirmar instintivamente la verdad.

—Sí. Lo sé, hermano.

Con la mirada de alguien que creía que todas las dudas se habían despejado, Yuman asintió con confianza.

Ante su intensa convicción de «Ahora lo sé todo, de verdad», Alon solo pudo suspirar para sus adentros, pensando: «No has entendido nada en absoluto».



«Bueno, entonces me voy por ahora, hermano. Volveré cuando termine las tareas urgentes...».

Yuman también desapareció pronto en la distancia.

«Felicitaciones, mi señor».

Yutia, que no había seguido a los cardenales, se acercó a él en último lugar.

Con una sonrisa que cubría a medias sus ojos rojos...

«... ¿Es esto algo por lo que felicitarse?

—¿No lo es? Te has ganado el favor de esos incómodos cardenales de una sola vez.

—No es mentira.

Aunque se trataba de una situación basada en un malentendido,

al final se había ganado su favor.

Mientras Alon asentía, de repente recordó algo que los cardenales habían dicho antes.

—Yutia.



—Sí, mi señor.

«Creo que escuché algo al pasar sobre la «decisión del cardenal Yutia». ¿Había algo relacionado conmigo?».

Entonces...

Ejem...

«¿?».

«Ah, lo siento. Solo me atraganté un poco».

Quien reaccionó a la pregunta de Alon no fue Yutia, sino Sergius.

Tosió torpemente, con aire incómodo, y esbozó una sonrisa forzada.

Yutia se colocó rápidamente delante de él.

—No, no era nada importante, mi señor.

—¿Ah, no?

—Sí. Es solo que, cuando se extendieron los rumores sobre su muerte, hubo una pequeña controversia junto con los viejos rumores relacionados con usted. Solo los mencioné brevemente, eso es todo.



Alon podía ver cómo los hombros de Sergius se crispaban detrás de Yutia, pero si Yutia decía que no era nada grave, entonces quizá no lo era.

—Así que no fue nada serio.

—No, realmente nada en absoluto. Así que no se preocupe demasiado. De todos modos, se calmó rápidamente.

Una cálida sonrisa y una voz tranquila.

Alon asintió, pero se le ocurrió otra pregunta.

—Ah, ahora que lo pienso, tengo otra pregunta.

—¿Cuál es, mi señor?

—Todos los cardenales parecen haber cambiado. ¿Ocurrió algo en Rosario mientras estuve fuera?

Eso le había intrigado desde el principio.

Yutia negó lentamente con la cabeza.

—No, nada especialmente grave. Solo un pequeño incidente desafortunado.

—¿Un incidente?

Yutia se llevó el dedo índice a la mejilla.



—Sí. La sala del Consejo Cardenalicio se derrumbó de repente.

—¿Se derrumbó?

—Sí. Por eso, todos los demás cardenales, excepto yo, que había salido temporalmente en una misión, fallecieron tristemente.

Le dio la noticia con un tono como si estuviera mencionando casualmente que había muchos peces en el lago cercano.

Alon, desconcertado, repitió sus palabras.

—¿Eso no es... algo grave?

—No lo es. Estoy segura de que la diosa Sironia se los llevó porque los necesitaba. Todos eran muy devotos en su fe.

Alon recordó brevemente a los cardenales de Rosario desde el espacio psicodélico.

Todos habían sido cerdos corruptos sin fe alguna.

Alon desvió sutilmente la mirada más allá de Yutia para mirar a Sergius.

Sergius ahora miraba fijamente a lo lejos, como si estuviera decidido a no volver a mirar nunca más en esa dirección.



«¿Mi señor?

Ante la clara voz de Yutia, Alon volvió a encontrarse con sus ojos rojos.

«... El Apóstol de la Venganza aún no ha aparecido, ¿verdad?

Alon se sintió repentinamente inquieto.